

luaciones se cometen siempre muchísimas inexactitudes.

Causó profunda impresion en el pais la noticia de la toma y saco de una ciudad tan populosa, tan comerciante y tan rica como Amberes, considerada bajo estos tres aspectos como una de las primeras de los Países-Bajos. Se valuó el botin en mas de dos millones de florines. Se dice que los soldados se enriquecieron tanto, que hicieron de oro macizo las empuñaduras de sus dagas, y hasta petos y morriones, á los que dieron un color oscuro á fin de ocultar el metal precioso de que estaban construidos. Es natural que hubiese exageracion en estas noticias, como en el número de los muertos y otras atrocidades ejercidas por los españoles. Mas no hay duda que este saqueo acrecentó el odio que se tenia á los de su nacion, y que sin hacer desmayar á los confederados, los animó á pensar en nuevos medios de mas seria resistencia.

Enviaron comisionados á España quejándose de la atrocidad reciente cometida por los españoles, y que habia sido precedida de tantas sediciones, de tantas violencias, de tantos atropellos de sus habitantes. Protestando siempre de su fidelidad á la causa del rey, de su adhesion y obediencia á su suprema autoridad, le decian los confederados que no habia que aguardar tranquilidad para el pais mientras en él subsistiesen soldados tan atrevidos é indisciplinados. Por otra parte, sabedores los españoles del mensaje, representaron tambien con energía al rey quejándose de los flamencos, haciéndole ver que el odio que les profesaban no era mas que un pretexto para sustraerse á su suprema autoridad: que los confederados, en son de mostrarse celosos por la tranquilidad del pais, no eran mas que rebeldes encubiertos que en secreto trabajaban para concitar los ánimos contra el rey: que el pais seria pronto teatro de una completa insurreccion si no se acudia al remedio con fuerzas respetables: que los del castillo de Amberes se veian amenazados por los de la ciudad, que habian construido ya obras para hostilizarlos: que la toma de

la ciudad no habia sido mas que una medida de justa represalia y de castigo; con todo lo demas que podia ponerles en buen lugar con el rey, cuyo modo de pensar sin duda conocian.

Durante este conflicto y exasperacion mútua de los ánimos, hizo su entrada en los estados de Flandes don Juan de Austria.

CAPITULO XLV.

Continuacion del anterior.--Llegada de don Juan de Austria á los Países-Bajos.--Dificultades de los estados para entregarle las riendas del gobierno.--Le imponen condiciones.--Las acepta don Juan.--Edicto perpétuo.--Salen de los Países-Bajos los españoles y demas tropas extranjeras.--Magnífica entrada de don Juan en Bruselas.--Mútuas desconfianzas y recelos.--Sale don Juan de Bruselas y se apodera del castillo de Namur.--Se declara nueva guerra.--Llaman los estados al príncipe de Orange.--Vuelven las tropas españolas á los Países-Bajos, capitaneadas por el príncipe Alejandro de Parma.--Celos é intrigas contra el príncipe de Orange.--Llaman los estados al archiduque Matias para gobernarlos.--Su entrada en Bruselas, donde le entregan las riendas del gobierno (1).

1576—1577.

FUE prudente la determinacion de enviar á don Juan de Austria á Flandes, mas tardía. Si se hubiese adoptado inmediatamente que falleció don Luis de Requesens, se hubiesen evitado los conflictos debidos á la administracion de un cuerpo de muchas cabezas, como el Consejo de Estado de los Países-Bajos. No era necesaria mucha prevision para conocer que en la confusion y hasta anarquía que trabajaba aquel pais, se necesitaba la mano firme de un jefe solo á quien se encomendase la direccion de los negocios. Fué, pues, una falta de Felipe II el haber diferido tanto el envío de un supremo gobernante. Pero este monarca tenia su atencion repartida en demasiados puntos á la vez, para no padecer algun des-

(1) Las mismas autoridades que en los anteriores.

cuido, y estaba demasiado lejos de los mas interesantes, para que pudiese tener una idea exacta de su estado. Por otra parte, examinada bien la situacion de los Países-Bajos, se puede decir que ningun medio ni sistema podia conducir á su completa pacificacion y á consolidar en él la autoridad del rey, tal como éste la entendia. Habia producido malos resultados el de rigor empleado por el duque de Alba. No los tuvo mucho mas felices la suavidad y templanza de su sucesor; y la administracion que siguió despues, se condujo de un modo que no se sabia si era amiga ó estaba declarada en rebelion contra el mismo soberano que acataba. Los hombres previsores no podian, en la altura á que habian llegado los negocios, concebir grandes esperanzas de la administracion de don Juan de Austria; mas siempre era para ellos una garantia de acierto la grande nombradía que por su nacimiento y hechos gloriosos alcanzaba.

Tomó la posta don Juan de Austria, segun la orden expresa de su hermano; mas cuando llegó á los Países-Bajos, ya habia ocurrido la catástrofe de Amberes y manifestándose en abierta hostilidad el Consejo de Estado y las tropas españolas. Desde Luxemburgo despachó cartas al Senado, enviándole la orden ó comision en virtud de la cual le nombraba el rey gobernador de los Países-Bajos, pidiéndoles al mismo tiempo la direccion de los negocios civiles y el mando militar de todas las fuerzas del Estado. No se mostró muy pronto el Consejo de Estado del pais á cumplir los deseos del nuevo gobernante. En el estado de desconfianza y hasta de hostilidad en que se hallaban contra el rey, necesitaban garantías y poner sus condiciones para la admision de don Juan de Austria. Sin duda influian mucho en esta desconfianza los consejos del príncipe de Orange. Mas prescindiendo de este resorte poderoso, hubiese sido grandisima imprudencia en los estados entregarse ciegamente al representante de su antiguo soberano. Asi, despues de varias deliberaciones, contestaron á don Juan que estaban prontos á recibirle

como su gobernador, despues que hubiese él reconocido las actas de la confederacion de Gante, comprometiéndose al mismo tiempo á hacer salir del pais á las tropas españolas; medida importante y la principal que habian decretado los confederados.

Recibió el mensaje don Juan de Austria sin mostrarse ofendido por este desaire á la suprema autoridad que el rey le habia confiado. Exigia la respuesta algun detenimiento y reflexion, y el príncipe lo consultó con sus dos secretarios mas íntimos, Octavio Gonzaga y Juan Escobedo, cuyo nombre figura mucho en la historia que escribimos. Opinó el primero porque don Juan se negase á las condiciones que el Senado le imponia, alegando que esta corporacion ocultaba bajo la apariencia de obediencia al rey, los sentimientos de una oculta rebeldia: que su peticion de que se expeliesen las tropas extranjeras, no tenia mas objeto que el de sacudir completamente el yugo español, valiéndose para eso de las nacionales: que todo era artificio del príncipe de Orange, de quien eran aliados y hechuras la mayor parte de los senadores: que el deshacerse de los españoles y demas tropas extranjeras, era presentarse en el pais completamente desarmado y á la discrecion de los rebeldes: que era muy desdoloroso á la persona y carácter de don Juan comenzar su gobierno sometiéndose á condiciones impuestas por sus subordinados; y que si queria ser indulgente y perdonar, era preciso reprimir y vencer antes.

Diversos fueron los sentimientos que mostró Escobedo. Dijo que tambien le era doloroso que don Juan pasase por la dura condicion de despedir las tropas españolas; mas que esta medida era popular, hasta el punto de ser apoyada por los votos de todas las clases del estado: que seria incurrir en la animadversion general obstinarse en conservar unas tropas que, cualesquiera que hubiesen sido los motivos, ya habian ejercido en varios puntos todo género de excesos y violencias: que el saco de Amberes, sobre todo, habia excitado una indignacion

universal, sin que nadie pudiese disculpar tal atentado: que obstinarse en esta medida, sería adoptar el plan de severidad desplegada por el duque de Alba, y seguida de tan funestos resultados: que los españoles, sobre todo, no eran necesarios en el país, pues sin ellos había gobernado la princesa Margarita, siendo siempre cosa de lamentar el que no se hubiese seguido su parecer de que no se mandasen á Flandes semejantes tropas.

Se inclinó don Juan de Austria á este último consejo, tal vez por parecerle el mas saludable, tal vez por espíritu de moderacion y de indulgencia, tal vez porque el retener las tropas extranjeras no le expusiese á murmuraciones en la corte de Madrid, no habiendo recibido del rey instruccion ninguna sobre la materia. Por otra parte, nada tenían de chocante para él las determinaciones de la confederacion, en que quedaba salva la autoridad del rey y la adhesion á la fé católica, pues la conclusion de todo lo determinado era la cláusula siguiente: «Nosotros los infrascritos, delegados de los estados, á quienes tambien representamos, hemos prometido y prometemos mantener perpétuamente estos conciertos para la conservación de nuestra sacrosanta fé y de la religion apostólica romana: para el entero cumplimiento de esta pacificación de Gante: para la expulsion de los españoles y todos sus aliados; salva siempre la obediencia debida á la magestad real.» No queriendo el de Austria partir de ligero, á pesar de esta manifestacion, sometió al examen de personas doctas todos los capítulos concertados en la liga; y habiéndole manifestado que podían admitirse, por no contener nada contrario ni á la religion ni al rey, los remitió á España, donde fueron aprobados por su hermano. Con este beneplácito, y saliendo por garantes los embajadores del emperador Rodolfo, del obispo de Lieja y del duque de Cleves, se ajustó en enero de 1577 la pacificación con el nombre de edicto perpetuo, en Marc-la-famine, ciudad de Luxemburgo, por el cual se comprometió don Juan de Austria á disponer la

salida de los españoles, y los estados á guardar obediencia al rey y mantener la religion católica.

Se publicó solemnemente este edicto en todas las ciudades principales de los Países-Bajos, y don Juan de Austria fue aclamado por su gobernador, con demostraciones de regocijo, acompañadas de gran pompa y aparato. Antes de internarse mas en el país se detuvo en Lovaina don Juan, y desde allí se ocupó activamente en disponer la salida de los españoles, para quienes fué esta disposicion objeto de las murmuraciones mas violentas. Se quejaron de la ingratitud con que eran pagados sus servicios, los grandes peligros á que se habian expuesto en servicio del rey, y la sangre que habian vertido en aquel suelo donde tanto se les despreciaba. Decían que era tratarlos con la mayor ignominia sacrificarlos al resentimiento y envidia de sus émulos; que en cuantas partes se presentasen se les daría en rostro con una expulsion que llevaba el carácter de la infamia; que si algunos años antes habian salido del país, habia tenido esta medida el pretexto honroso de emplearlos en las guerras de Africa y de Italia; mas que ahora se veían expelidos del teatro de sus hazañas para servir de befa á los flamencos, y fomentar los proyectos de insurreccion que abrigaban contra el rey de España. En cuantas guarniciones habia tropas de España y demas países extranjeros, se oían estas quejas; mas en ninguna parte con tanta vehemencia como en la ciudad de Amberes, donde acababan de ser los españoles tan preponderantes. Llegó el descontento á rayar en sedicion, hasta el punto de creer necesario don Juan de Austria enviar allá su secretario Escobedo, á fin de calmar la efervescencia de los ánimos. Se condujo éste con tino y con prudencia, diciendo á los descontentos que nada tenia aquella medida de injuriosa, y si solo era promovida por la fuerza de las circunstancias: que ni el rey ni don Juan de Austria desconocían el mérito de sus servicios, hallándose siempre prontos á premiarlos; mas que en el conflicto, en el choque de pasiones era preci-

so hacer algo en beneficio de la tranquilidad de aquel pais, que al gobernador general le estaba encomendada: que quedaba siempre en el mayor lustre la gloria que habian adquirido en Flandes, donde la victoria habia siempre coronado sus empresas; que los flamencos eran los primeros á dar testimonio de la bizarría de los soldados españoles en todos los encuentros: que si en algo habian deslustrado estos laureles por las frecuentes sediciones á que se habian entregado, era la ocasion mas oportuna de merecer el perdon del rey, sometiéndose á sus órdenes. Con estas y otras palabras supó amansar la furia de los ánimos, y los españoles, ó por sentimiento de fidelidad al rey, ó por ver que ya no tenian mas remedio, entregaron los castillos y demas plazas fuertes de que se habian apoderado. Ademas los calmó mucho un edicto favorable que se expidió á su favor, alabando su comportamiento militar, y dando grandes elogios á su bizarría en los combates.

Se reunieron todos los españoles en Maestricht, donde se hizo el cange de los prisioneros que se habian cogido mutuamente, contándose entre otros, por parte de los flamencos, el conde de Egmont, y por la de los españoles la mujer del capitán Mondragon, que fué entregada á su marido. Para sufragar los gastos de la salida de estas tropas y satisfacer las pagas atrasadas, prometieron los estados aprontar la suma de seiscientos mil florines, pagada la mitad al contado, y la otra con letras de cambio sobre Génova. Pero no habiendo podido satisfacer por el pronto mas que cien mil, adelantó don Juan de Austria los otros doscientos mil por via de empréstito.

Se verificó por fin en abril de 1577 el movimiento de las tropas españolas, italianas y burgoñonas y otros mas paises extranjeros. Se dió el mando de todas estas tropas al conde de Mansfeld á fin de evitar las rivalidades que se comenzaban á suscitar entre los capitanes españoles, Vargas, Romero, Avila y Valdés, pues cada uno se creia con derecho de ser el jefe de toda esta co-

umna. Marchaban las tropas tristes y pesarosas al dejar un pais donde habian residido cerca de diez años, habiéndose algunos casado en él y echado raices con otras conexiones. Aumentaba este pesar el sentimiento de verse expulsados del teatro de sus glorias, no excitando poco su indignacion el contemplar en los pueblos del tránsito las demostraciones de alegría por verse libres de la presencia de estos extranjeros. Asi salieron del pais, y atravesando la Lorena, la Borgoña y la Saboya, llegaron á Italia, donde fueron distribuidos en cantones diferentes.

No se presentó don Juan de Austria á revistar de las tropas, como estas lo solicitaban antes de emprender la marcha. Sin duda quiso dar esta muestra mas de su sincera adhesion al tratado que acababa de firmar, quitando toda sospecha á que pudiese dar origen este paso aventurado. Despues de verificada la salida, hizo su entrada pública en Bruselas con todo aparato y magnificencia, acompañado del legado del Papa y los diputados de todas las provincias. En la ciudad fué recibido con las manifestaciones del mas vivo regocijo, y todos los homenajes de respeto á que era acreedor un príncipe joven, coronado por tierra y mar con tantos laureles; que ademas de verse revestido de tan grande autoridad, reunia la circunstancia de ser hijo de un soberano tan popular y querido en Flandes como Carlos V. Se manifestó don Juan sensible á estas demostraciones de alegría y de respeto, acogiendo á todos con afabilidad, mostrándose benigno y propenso á trabajar por todos los medios posibles para hacer feliz al pais, y restituirle totalmente el orden y tranquilidad de que por tantos años habia caído.

Parecia sincero el lenguaje de don Juan: con igual carácter se manifestaban el amor y la popularidad de que fué desde un principio objeto para los flamencos. Joven, afable, bien apuesto en su persona, de carácter franco, de maneras insinuantes, se hallaba con todos los medios